

FREDDY TORRES EN EL TEATRO DE BOLSILLO I ACTO

Lic. Ramón Sosa Pérez
Director Ejecutivo de la Academia de Mérida

“Aquí yace Molière, el rey de los actores.
En estos momentos hace de muerto
y de verdad que lo hace bien”
(Epitafio, de su mano)

Sin todavía inferir la razón, se me pidió estar hoy frente a ustedes y lo asumimos, sólo en el concepto que entraña la amistad con Freddy, lo que sin duda, me llevó a aceptarlo sin condiciones. La amistad es superior a todo, al menos en este caso. Pensé entonces en un teatrillo o teatrino, el de nuestros pininos, extendido sí un tanto más allá del improvisado escenario donde el titiritero genera piruetas y seduce emociones.

Situémonos en el diorama que permitirá cercanía y armonía entre obra y actor porque emulando a los griegos, sentiremos la escena en sucesión de la cotidianidad, sin más atavío que el argumento de autor y actor, -Freddy Torres- sobre el teatro de bolsillo, que sin nos atenemos a su definición más lacónica, es un recorrido emocional que llamaron teatrillo de papel para divertir a los hijos de los aristócratas del siglo XVIII.

“Teatro de bolsillo”, no sólo traduce espacio físico, sino que entraña proximidad espiritual para concentrarnos en esta sala que es peana de privilegio al reconocer el trabajo que por más de medio siglo ha proyectado Freddy Torres, Individuo de Número, Sillón 1 de la Academia de Mérida, como creador artístico. Actor, Director y Autor, es la tríada que le concede holgura primero y solvencia después, en su periplo sobre las tablas.

Cuando leí Crónicas en Cuarentena, repasé la hondura de su reflexión desde los días primeros de mi cercanía a Freddy. Para los años 80 de la pasada centuria, y perdonen la distancia, eran frecuentes nuestras idas y venidas por la Cuesta del Rincón en La Otra Banda. Unas veces - la mayoría- a pie y otras al vaivén de una vieja camioneta de transporte. Yo de estudiante de bachillerato y Freddy de Universitario en lides teatrales.

Lo evoco con el fardel de cuero terciado, el mismo que hoy tiene y que no deja porque allí atesora sus sueños siempre lozanos. Ensimismado, distraído o mejor, concentrado en papeles y lecturas que desconocíamos entonces pero allí iba él, con sus bártulos como el novillero a la faena. No andaba solo; al contrario, era la suma de su padre Antonio Ramón Torres y de la abuela Ramona Torres, la muñequera de Santa Bárbara.

Su familia estuvo ligada al arte popular, en esta banda del Albarregas y de su infancia nos ha contado la alegría que suscitaba la llegada de Los Locos de Santa Bárbara, quienes trenzaban entre danzas al compás de una rica melodía ancestral que luego halló en la musicalidad de

los nativos de Aricagua, esos mismos que registró Don Tulio en 1894 y que fueron su aporte al Proyecto Mérida Sostenible de la Academia de Mérida.

Por 1940 los vecinos concurrían por estos días para que doña Ramona Torres les reparara los santos, repusiera las figuras del pesebre o fabricara los pastores, ovejas y faenas. Sus tíos y hermanos fundaron la segunda Cofradía de Locos más antigua de la capital, superada apenas por los Vasallos de La Parroquia, de suerte que Freddy vivió de niño esas muestras de religiosidad, inculcadas por la muñequera pionera de Mérida.

Freddy Torres González recuerda que el día de la fiesta Don Antonio les gritaba a todo pulmón, cual juglar del medioevo: “llegaron los Locos, muchachos” y justo al salir del aposento familiar se percataban que de aquel enjambre de gritos, músicos, bailes y caretas emergían los vecinos, antes circunspectos en su diario laboreo pero que ahora devenidos en danzarines y comediantes, tomaban inédita apariencia.

La fiesta fascinó su retina con labriegos de curtida mano que vadeaban el Albarregas, subían por la senda de guijarros hasta calcar curiosas escenas en la calle real de Santa Bárbara. De oídas conoció de los abuelos maternos que en escalada portentosa de segunda generación subieron por San Simón, Zea y Santa Cruz hasta Chiguará donde los Puccini en alianza de sangre con los González tendieron solar de frondosos cafetales.

El regazo materno refería cuentos elbanos y por el padre supo de muchachadas con Mario Charal, Espíritu Uzcátegui y Hermes Valero en la hacienda de Don Pancho Uzcátegui, recogiendo naranjas, cambures y limones para venderlos en Llano Grande. Ramona, de viudez temprana, sacó adelante la prole con sus muñecas en una banca del mercado y luego su hijo Antonio Torres compró al lado de Marcelino, el barquillero.

De sus vivencias del Mercado, Freddy reharía las imágenes de su obra y de las lecturas clásicas nació el afecto por Anton Chéjov, médico y dramaturgo ruso que vimos pegado al Decálogo del Perfecto Cuentista de nuestro admirado Horacio Quiroga, al que profusamente leímos en bachillerato. Fue Chéjov, además, Maestro del relato corto, como tanto hemos referido en las tertulias dominicales con el Dr. Ricardo Gil Otaiza.

Alcanzando el centenar de presentaciones nos llega esta obra, “Sobre el daño que hace el tabaco”, adaptada por el dramaturgo merideño. Hace casi 30 años vimos este trabajo con el Director del Grupo DDT, Ramón Ramírez, cuyos figurantes eran todos reclusos del penal de la avenida Urdaneta. Sus familiares junto al público nos acercábamos para aplaudir y calibrar su talento, antes de retornar al lacerante panóptico andino.

De Chéjov decían sus apuntes que rubricó: “la medicina es mi esposa legal; la literatura, solo mi amante” y los críticos señalan con aserto que los argumentos teatrales fuera de la escena eran más importantes que los observados sobre las tablas. Esa traza es clara en el Maestro Freddy, como lo ha demostrado en 50 años del Pequeño Grupo de Mérida, que de seguro nos hará evocar el genio creador del gran Winston Rosales.

Permítanme invitarles al primer acto, en adaptación y dramatización del Maestro del Teatro Merideño Freddy Torres González

FREDDY TORRES HIZO DE MÉRIDA UN ESCENARIO DE TODOS LOS TIEMPOS II ACTO

Lic. Ramón Sosa Pérez
Director Ejecutivo de la Academia de Mérida

“Dicen que el cadáver fue entregado a los 3 días para su cristiana sepultura y durante el velorio se liaron malandros y policías. Ese pudo ser su primer milagro porque siendo todos de distintos bandos, nada sucedió.”

Liliana González

En 1980 Manuel Briceño Cherubini citó al liceo Ramos de Lora al Festival de Teatro Gente Joven. Fuimos, el luego cineasta José Velazco y yo, con la obra titulada ampulosamente *La Empresa del Pensamiento*, basada en 1984 de *George Orwell* con nominación de Obra Revelación y de premio asistimos al Ciclo del Teatro Ulandino. Al final de la obra *Mercado Principal*, mi vecino de El Rincón, recibía palmas a rabiar del público expectante.

Crecía mi admiración por el hoy Académico Freddy Torres, sumada a la dupla que formaban Jacinto Cruz y mi fraterno Winston Rosales, la integralidad del teatro merideño de todos los tiempos; carpintero, sastre, actor, director, decorador, escenógrafo y mejor amigo. De Freddy siempre esperábamos más porque su fardel semejava el perpetuo abecé que jamás se vaciaba porque los sueños se multiplicaban, al decir del Pequeño Grupo de Mérida.

En sucesión llegaron las obras y la estimación del buen gusto en ese lapso de abundosa producción de nuestra dramaturgia local. Cito la anécdota vivida y que hace una semana nos ratificó aquí el Historiador Robinson Meza. Un jueves popular del teatro que la cola validaba éxito en taquilla, vimos apiñados por lograr puesto de platea a Teodoro Petkoff y Domingo Alberto Rangel, conspicuos representantes de los extremos de la política nacional.

Tal era la reputación del teatro merideño y a Freddy debemos ese tiempo de talento, probidad y entrega artística. Ya no era solamente estudiar los clásicos o los célebres dramaturgos que copaban las marquesinas capitalinas sino leer la ciudad en sus símbolos, en sus angustias, en su cotidianidad como antes lo hizo con el Maestro Chéjov. El teatro nacional desde Mérida comenzaba a estudiar esa línea, formulando escuela con Freddy Torres a la cabeza.

En ristra eterna como los cadejos de la muñequera Ramona Torres, el nieto nos dejaba ver al actor, creador, realizador y director de decenas de obras como “Tumba sobre el cielo de Mérida”, “Viaje al Amanecer”, “Tu gato está muerto”, “Abrir de Golpe”, “Volpene Resucitado”, “Colombeia”, “Mercado Principal”, “Entre mujeres”, “Cuatro Piedras”, “Calibán Liberado”, “Yo, Moliere”, “Tierra Firme” y “Simón”, entre tantos.

El teatro merideño tenía a nuestro dramaturgo rotulando nuevo rumbo. De actor, autor y Director, en ritornelo de papeles estelares, Freddy se lanza a la creación y los temas eran ahora los de diario impacto en la ciudad como la muerte de Luis Enrique Cerrada, alias Machera, a quien los merideños vieron con antiparras que se reñían entre el héroe y el villano, mientras otros ciudadanos lo asociaban con una suerte de Robin Hood criollo.

A 47 años del 1 de octubre de 1977 cuando las fuerzas policiales dictaron el finiquito de quien vivía al margen de la ley y ante la llegada tajante de la leyenda urbana, Freddy erige la evidencia que integra la historia que muchos de ustedes conocen y para otros, inédita, lo que fortalece nuestro propósito de entregarles la obra MACHERA, bajo la dirección del Maestro Freddy Torres, Individuo de Número, Sillón 1 de la Academia de Mérida.